

SU MAJESTAD LA GUERRA. HISTORIOGRAFÍAS DE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL EN EL SIGLO XXI

JAVIER RODRIGO*

Universidad Autónoma de Barcelona

javier.rodrido@uab.cat

(Recepción: 29/10/2013; Revisión: 10/12/2013; Aceptación: 13/12/2013; Publicación: 18/12/2014)

1. DE CONTINUIDADES Y RUPTURAS.-2. LA GUERRA EN LA GUERRA: EL NACIMIENTO DE LA VIOLENCIA CONTEMPORÁNEA.-3. PERSPECTIVAS.-4. BIBLIOGRAFÍA

RESUMEN

Este artículo aborda una, por fuerza incompleta, historia de la historiografía de la Gran Guerra desde la renovación de su interés historiográfico a mediados de los años setenta hasta la actualidad del primer centenario. Observa la existencia, con muchos matices, de una serie de grandes paradigmas interpretativos no exentos de debates en los modos de ver la guerra del 14. Y analiza, desde la actual relectura en clave de conflicto partera de la contemporaneidad violenta europea, las perspectivas de presente y de futuro en la investigación sobre un conflicto poco estudiado desde España pero cuyos efectos históricos y paradigmas historiográficos tienen una gigantesca importancia en nuestro país.

Palabras clave: Gran Guerra; historiografía; violencia; experiencia de combate.

* Trabajo enmarcado en el proyecto «Las alternativas a la quiebra liberal en Europa: socialismo, democracia, fascismo y populismo (1914-1991)» (HAR2011-25749).

HER MAJESTY THE WAR. FIRST WORLD WAR HISTORIOGRAPHIES IN THE 21ST CENTURY

ABSTRACT

This paper addresses a necessarily incomplete history of the historiography of the Great War, from the historiographical renewal in the mid-seventies to the present day of the centenary. It notes the existence, with many shades, from a series of interpretive and debatable paradigms in understanding the war of 1914. And it analyzes, from the current vision of the conflict as the parturition of a violent contemporary European era, the present and future research perspectives on a little-studied-from-Spain conflict whose historical and historiographical effects and paradigms have, instead, a huge importance in our country.

Key words: Great War; historiography; violence; combat experience.

* * *

The main consequence of World War I was... World War II.

Paul PRESTON.

Pensar la guerra, reencontrar la guerra, rescribir la guerra. Máquina de guerra, trastorno de guerra, guerra no contada. Armagedón, Apocalipsis, cataclismo, destrucción. Los títulos de algunos de los trabajos recientes y no tan recientes sobre la Gran Guerra plantean pocas dudas a la hora de evaluar su naturaleza brutal, masiva, inesperada. Y no son pocos. El conflicto armado internacional de 1914-18 ha vuelto al centro de la atención historiográfica y conmemorativa europea con el centenario de 2014. Sin embargo, esta doble naturaleza interpretativa y conmemorativa que converge en este año no está exenta –al contrario de otras conmemoraciones planas y unidireccionales que tienen lugar contemporáneamente– de debates históricos y epistémicos complejos, fuertes (1). La historiografía sobre la Primera Guerra mundial, con sus eternas disputas sobre sus orígenes, su desarrollo y su carácter arcaico o moderno, se encuentra entre las más ricas y prestigiosas del mundo. No en vano, 1914 supone la última y más lejana frontera que puede aceptar, en términos generales, el contemporaneísmo más cercano al presente y la historia vivida. De ahí su reinado. Caduco, si se quiere. Pero majestuoso.

En este artículo propongo revisar a modo de panóptico incompleto, y fundamentalmente desde parte de la producción anglosajona, italiana, francesa y española, los temas que al hilo de la guerra del 14 han nutrido los debates historiográficos europeos del presente siglo. Es decir, pretendo analizar las

(1) Una excelente revisión, en JONES (2013).

claves epistémicas y los porqués de las basculaciones temáticas de la historiografía reciente sobre la Gran Guerra, la terrible danza sobre el volcán (2), para evidenciar cómo el análisis de esa suerte de puerta a la contemporaneidad ha influido en los grandes debates sobre el tiempo histórico reciente y, a la vez pero en la dirección contraria, cómo los grandes paradigmas interpretativos sobre el siglo XX han afectado, trastocado y hasta mutado los modos de ver la Primera Guerra mundial. Para eso, realizaré una revisión de corte a la vez temático e interpretativo, en la que se observarán los cambios en los sujetos históricos, en los procesos destacados, en las valoraciones e interpretaciones actuales (3). Soy consciente de las limitaciones, más y de mi propuesta. Es imposible cuantificar los trabajos y artículos científicos dedicados a la Gran Guerra, que según Christopher Clark ya a principios de los años noventa del siglo pasado juntaban más de 25.000 (4). Sin embargo, de una muestra razonablemente amplia de trabajos recientes pueden extraerse no pocas conclusiones en torno a la evolución del análisis y la interpretación del tiempo pretérito inmediato.

En realidad, y pese al subtítulo, este artículo no parte de los libros editados desde 2001. Es evidente que los trabajos de los ochenta y noventa suponen un cambio cualitativo si no total, sí significativo, en los análisis sobre el periodo. Tanto, cuanto el que resultaría bizarro dejar fuera de los análisis sobre la influencia recíproca entre los paradigmas historiográficos recientes y la Gran Guerra una macroteoría global de la contemporaneidad como la de Hobsbawm y la importancia que el recientemente desaparecido historiador le otorgaba al conflicto internacional del 14-18. La guerra, en la mirada actual, puede bien considerarse el conflicto partera de una contemporaneidad violenta en el viejo continente y en el mundo. De hecho, esa bien pueda ser la puerta de entrada a las relecturas recientes sobre la Primera Guerra mundial: su consideración como una cesura histórica.

(2) GENTILE (2008): 161.

(3) La tendencia reciente, volcada sobre el centenario de 2014, es la de las síntesis, a veces incluso a despecho de incorporar los avances en materia de investigación. Posiblemente la actualización más completa, que aborda temas tan dispares como la cuestión de los civiles, del mando militar, de la guerra por tierra, mar y aire, de la experiencia de combate, de la moral del soldado, de la medicina, de las poblaciones en guerra, de las rebeldías y resistencias, de la propaganda de guerra, de la representación y reflexión posbélica, sea CECIL y LIDDLE (2003). No le tiene nada que envidiar en cuanto a contenidos BECKETT (2001). Brillante, aunque notablemente más breve, STONE (2009). Una magníficamente bien escrita revisión de los momentos clave de la guerra, en BECKETT (2012). Uno de los grandes logros estéticos de STRACHAN (2003) es utilizar las fotografías en color del Service Photographice des Armées. Una actualización de las investigaciones más relevantes de los últimos años, en HORNE ed. (2010). De los libros previos al centenario destacan STEVENSON (2012), MACMILLAN (2013) y HASTINGS (2013), publicados los tres en castellano en 2013, aunque desde mi criterio, el más brillante sea el de REYNOLDS (2013), pese a centrarse excesivamente en el caso británico.

(4) CLARK (2012): XXV.

1. DE CONTINUIDADES Y RUPTURAS

Va esta revisión de historiografías, y tres son los grandes relatos historiográficos que, según Jay Winter y Antoine Prost, han nutrido las interpretaciones sobre la Gran Guerra. Por un lado, el militar y diplomático, con tendencia a la omisión como sujeto de los soldados y, en general, de cualquier otro que no fuesen las naciones y los Estados. Por otro, la historia social, con un reorientamiento de la historia militar y diplomática y mayor atención teórica (si bien bajo paradigma marxista). Y por fin, la historia cultural. De tal modo, la historiografía sobre la guerra habría girado sobre tres ejes: hasta los años sesenta, masas. Hasta los ochenta, clases. Y desde entonces, culturas. Tres generaciones de historiadores, tres nociones de la guerra: entre naciones, «the last war of the nineteenth century or the second Thirty Years War», entre sociedades, «the revolutionary moment», o contra los civiles, «from atrocity to genocide, the matrix of a tragic century» (5). Y como esquema trinitario puede funcionar, qué duda cabe. Sin embargo, se trata de una simplificación que, además de no asumir que se trata de corrientes que han convivido y conviven en el tiempo, tal vez no termine de absorber las complejidades internas, temáticas e interpretativas que ha generado el primer conflicto mundial (6). Complejidades abordadas, fundamentalmente, en las dos últimas décadas.

No obstante, y a pesar de esas posibles diferencias internas entre corrientes historiográficas, lo cierto es que existen continuidades y fuertes puntos en común. Fuese una guerra antigua, revolucionaria o matriz trágica, tres generaciones de historiadores casi sin excepción la han considerado un punto de inflexión: una cesura histórica. No se trata de una visión aislada. Según James Joll, la Gran Guerra fue el final de una era y el principio de otra (7). «Turning point» para Roshwald y Sites (8), el concepto en el que se basa buena parte de la historiografía es que la Primera Guerra mundial supuso una ruptura, un cambio, una cesura en el desarrollo de las sociedades a escala mundial (9). Para Hobsbawm, «marcó el derrumbe de la civilización (occidental) del siglo XIX» (10). Según Matthew Stibbe, la noción de la Primera Guerra mundial como la gran catástrofe seminal (Urkatastrophe) del siglo XX está hoy firmemente establecida en la historiografía, también en lo relativo al establecimiento de cronologías. Es el caso del célebre corto siglo XX hobsbawmiano, pero dista de ser el único. Fue, en palabras de Hillgruber, el punto final del desarrollo del

(5) WINTER y PROST (2005), traducción de Id. (2004): 152-53. También WINTER (1992).

(6) Un magnífico repaso a los paradigmas interpretativos de la guerra del 14 lo ofrece PURSEIGLE (2005). Una buena revisión bibliográfica de algunos de los trabajos más destacados de hace diez años, en DAVIS (2003).

(7) JOLL (2006).

(8) ROSHWALD y SITES (eds.) (1999): 1-7.

(9) WINTER, PARKER y HABECK (eds.) (2000).

(10) HOBBSAWM (1995): 16.

sistema europeo de los Estados: una inflexión de la historia, un suceso transformador de la política mundial (11).

Tal era la visión predominante en la historiografía militar, política y diplomática del siglo XX, y posiblemente no les faltase razón, pues como tal, es coherente con los testimonios y fuentes directas. El hecho de estar viviendo un proceso de cambio acelerado, de movilización y revolución en el sentido clásico de la palabra, de transformación, fue ya percibido por muchos de sus contemporáneos. Primero, en el terreno militar. Anteriormente nunca se había producido una guerra de escala mundial ni ninguna gran potencia se había enfrentado a otra fuera de su región inmediata; en la del 14, excepto España, los Países Bajos, los tres países escandinavos y Suiza, participaron todos los Estados europeos, sin contar con los muchos países que enviaron, en ocasiones por vez primera, a soldados a luchar fuera de sus fronteras y regiones, caso de los australianos en Gallipoli (12). La Gran Guerra fue la que terminó con la doctrina de la no intervención estadounidense en cuestiones europeas. Y fue, además, el conflicto del que nacieron otros como la revolución bolchevique y la guerra civil rusa, desde el cual la noción de guerra total adquirió su significado más completo.

Además, también supuso un contexto vivido de aceleración y cambio en la sociedad, la política y las culturas europeas. A partir de una consideración del mundo de preguerra según la cual la prolongada paz antes del estallido de la guerra sería un periodo «de optimista creencia en el progreso económico y tecnológico» sustentada en la prosperidad capitalista y en la autoajustabilidad de los equilibrios de poder, 1914 supondría el adiós, como bien diría Stefan Zweig, a todo ese mundo de ayer. Sin embargo, viene a decir Pick, no puede atribuírsele a la guerra todo cuanto sucedió después en Europa. La Primera Guerra mundial no puede ser vista o como el significado último o como el significante nuevo emergido de la nada. Y, sin embargo, así ocurre muy a menudo, pese a que ello suponga infravalorar la importancia, las complejidades y las tensiones previas a 1914, y no solamente en las áreas de conflicto como los Balcanes, el Imperio Otomano, las colonias africanas o los territorios con fuerte presencia de minorías étnico-lingüísticas (13).

La literatura sobre la Gran Guerra tardaría en incorporar estas dimensiones a una historiografía dominada por paradigmas eminentemente militares y diplomáticos, que siguen siendo predominantes en los libros publicados alrededor del primer centenario de 1914. Esa historiografía analiza fundamentalmente las cuatro líneas de ruptura entre el pre y el post-guerra: la de la valoración de la situación de Europa antes de la guerra, la de la basculación del eje gravitacional geoestratégico desde Europa a los Estados Unidos, la del nacimiento de la alter-

(11) HILLGRUBER (1991): 112.

(12) HOBBSAWM (1995): 31.

(13) PICK (1996): 196.

nativa revolucionaria en 1917, y la de la gestión de la paz como estrategia que garantizaría «otro medio siglo de sangrienta inestabilidad» (14). Lo primero, relacionado con 1914 pero también con cómo se interpreta el continente liberal, sigue siendo cuestión de intenso debate. Varios autores como Gerhard Hirschfeld cuestionan fuertemente el concepto del entusiasmo popular respecto a la entrada en guerra pues, pese a la euforia y la excitación nacionalista iniciales, eran más quienes temían las atrocidades de la guerra (15). Sin embargo, la línea de fractura interna (al menos, dentro del movimiento obrero internacionalista) producida por el triunfo del nacionalismo bélico dista de haber sido cerrada en los debates historiográficos. Los sonámbulos caminantes hacia la desgracia relatados por Clark, la Europa entregada a la catástrofe de MacMillan, no son sino quienes tenían un objetivo que ganar o que defender, conocido de antemano y definido en términos militares. Como han señalado Holger Afflerbach y David Stevenson, la ruptura de la cultura de la paz en 1914 no lo fue tanto, ni tan evidente, pues que como tal la supuesta guerra improbable era más probable que otra cosa. A juzgar por los resultados, habría que evaluar, de hecho, qué *topos* era más peligroso y real, si el de la guerra improbable o el de la guerra inevitable (16).

La que fue guerra mundial empezó siendo no ya imperial, sino directamente balcánica, es decir, regional. Pero en su desarrollo, supuso el final, la pérdida de supremacía «material y técnica que hizo de ella [Europa] la oficina del mundo» (17), que establecería unos arquetipos de decadencia moral fácilmente identificables. Es, de hecho, un arquetipo narrativo, de génesis eminentemente literaria, propio de los Eliot, Spengler o Mann (18), que no tiene por qué vincularse con la contingencia de la experiencia de la guerra. ¿Puede haber habido, de hecho, un exceso de narración y metáfora? ¿Puede haberse dado excesiva importancia a la representación del conflicto, para dejar demasiado poca al conflicto en sí? No cabe dudarlo para Gail Braybon, quien lo expresa de manera gráfica. Ha existido, y existe, demasiado simbolismo historiográfico: «When I read, for example, that a particular new book is about ‘one of the most devastating conflicts in modern history. The Great War traumatised a generation, and shaped the whole of the 20th Century’, warming rings bell» (19). Se trata, de hecho, de una afirmación que necesita ser deconstruida, pues se apoya sobre unos trabajos muy específicos como los de Fussell (1975), Leed (1979), Stromberg (1982) o Eksteins (1989), se concentra en el frente occidental, y bebe de fuentes eminentemente literarias o literaturizadas. En buena medida, pues, la interpretación legada por la historiografía clásica de la Gran Guerra es la de la

(14) PRESTON (1995): 6.

(15) KETTENACKER y RIOTTE (eds.) (2011).

(16) AFFLERBACH y STEVENSON (eds.) (2007). También sobre esta cuestión VERHEY (2000).

(17) CROUZET (1972): 93-106.

(18) FUSSELL (1975): 314.

(19) BRAYBON (ed.) (2003): 2.

fascinación por una imagen narrativa y metafórica de naturaleza romántica, siempre en clave europea. Una imagen trufada de metáfora y de simbolismo. Pero una imagen, en ocasiones, sin tanto anclaje empírico cuanto narrativo, construida desde fuentes de naturaleza patriótica, culta y minoritaria, la de los «naive, middleclass young men (...) who threw themselves into war and faced death, or survived bitter and disillusioned» (20). Es decir: una fuente propia de un sujeto histórico más importante en términos culturales que sociológicos y que, mayoritariamente, no llegaría a pisar los frentes de batalla. Esa sería la que dotaría a la guerra de un relato hermético, el del entusiasmo idealista-desengaño-desilusión, que ha acompañado a su conocimiento e interpretación hasta nuestros días.

Esas eran, de hecho, las bases empíricas y epistémicas de los trabajos innovadores de los años setenta y ochenta. Que fuese un relato hoy visto como minoritario y literario no significa, sin embargo, que no fuese real. El carácter purificador y necesario de la guerra fue compartido por escritores, pintores, políticos, propagandistas a los dos lados de las fronteras bélicas, y algunos se empeñaron a fondo en las tareas de construcción de una naciente cultura de guerra basada, también, en la gestión del relato del pasado y el presente (21). En consecuencia, la literatura, las representaciones artísticas y metafóricas nutrieron las investigaciones más importantes que, saltando por encima de los paradigmas diplomáticos y militares, proponían una relectura cultural del conflicto. Posiblemente, pues, no se trate de la dimensión de la Gran Guerra que haya que situar hoy en el eje gravitacional explicativo. Ni mucho menos la única posible, como ha puesto de relevancia una historiografía que, en las últimas décadas, ha puesto la mirada en los frentes no occidentales, en los civiles o en los militares de diferentes identidades étnicas y nacionales. Sin embargo, y en todo caso, la revisión en clave cultural tuvo una importancia capital en su momento: sirvió para desanclar la Gran Guerra de los estudios militares y diplomáticos y para darle, de hecho, una dimensión de tragedia humana.

Una tragedia con dos grandes escenarios: la trinchera y la retaguardia, aunque no siempre hayan tenido igual peso en la historiografía. Sobre el primero se escribió mucho en los años ochenta. La Gran Guerra proporcionaba un terreno de análisis que, como tal, suponía el primer encuentro de grandes masas de población con la muerte acaecida de manera violenta y masiva, sin reparar en clases o condiciones, y que no provenía de los que hasta entonces habían sido las causas de mortalidad masiva predominantes (22). El rápido estancamiento de los frentes, la inmovilidad de la guerra, las constantes innovaciones en materia armamentística (que anunciaban, de hecho, la dureza de la guerra), unido todo ello a las grandes expectativas de las potencias en liza, desde objetivos

(20) BRAYBON (ed.) (2003): 2.

(21) Véase el precioso KOVASICS (2007). Ese mismo relato lo comparte HASTINGS (2013).

(22) ROBBINS (1999): 184.

territoriales y económicos hasta la supervivencia misma de la cultura y civilización propias, serían elementos que marcarían, salvo excepciones, el devenir, la memoria y la interpretación histórica del conflicto (23). Cuando se reflexiona, de hecho, sobre la Primera Guerra mundial surgen casi de manera espontánea las trágicas imágenes de estrechas trincheras excavadas en el barro, de hombres atezados por el hambre y la sed, de cuerpos rígidos por el hielo (24). Tal vez se trate de una imagen literaria y fílmica recurrente, más influyente por las imágenes de Stanley Kubrick y su *Paths of Glory* de 1957 (en la misma medida en la que varias generaciones han crecido con la imagen de la revolución soviética ofrecida por Eisenstein), que por tratarse de una realidad única y homogénea. Pero fue a través de esta experiencia, según han mostrado cuantos se han acercado a las fuentes individuales (cartas, diarios), cómo millones de personas tomaron contacto con la modernización, con la nueva sociedad industrial y con los valores que comportaba.

Así lo hizo en 1975 por primera vez Paul Fussell, quien encontraría y narraría cómo, para los soldados, la condición de la guerra se convertiría en un estado permanente, y el desgaste en una parte normal de la experiencia moderna, tanto como el teléfono o el motor de combustión interna (25). Las ofensivas rápidas y casi suicidas de 1915, como en Neuve Chappelle y Loos, demostrarían cómo la industrialización de los medios bélicos había supuesto la primacía del bombardeo defensivo: la capacidad destructiva, de potencia de fuego, se había multiplicado hasta por veinte, según Leed, en menos de un siglo. Las necesidades de la guerra de trincheras, que establecían fuertes líneas defensivas ante las que agotar las capacidades bélicas del enemigo, determinaron el aumento del fuego de artillería para tratar de romper la inmovilidad táctica y real de los frentes. Cuanto más fuerte era el bombardeo, más difícil era mover las masas de infantería (26). En ese contexto, los ferrocarriles significaban la posibilidad de movilizar en poco tiempo a grandes ejércitos, y desplazarlos con relativa facilidad. Además, «el grado creciente de poder destructivo de las armas pequeñas, las ametralladoras y la artillería de campo» implicó la superioridad de los ejércitos capaces de desplegar una masiva potencia de fuego y de absorber enormes cantidades de bajas (27). Eso, en la realidad sensible de la guerra, se transformó en la supremacía de los medios técnicos sobre los humanos.

Esta dimensión tecnológica de la guerra es, de hecho, capital para comprender tanto su evolución como su memoria. La propia necesidad de ataque impedía a su vez el movimiento, entrándose así en una dinámica de destrucción de

(23) Sobre los legados de la Gran Guerra, STEVENSON (2004). Una interesante serie de diálogos transnacionales entre expertos, en WINTER (ed.) (2009). No hay que olvidar el fundamental WINTER (1995). Una mirada a la memoria británica de la guerra, TODMAN (2005).

(24) ROBBINS (1999): 170.

(25) FUSSELL (1975): 71.

(26) GIBELLI (1991): 89.

(27) PRESTON (1995): 3.

la que solo quedaban enormes cráteres en el suelo, columnas de humo y cientos de miles de cadáveres. La guerra fue ganada por la potencia industrial y por los recursos demográficos y geográficos. Esto es, por la capacidad de cada nación para acceder a los recursos básicos y para dirigirlos a un esfuerzo bélico radicalmente deshumanizado. La brutalidad bélica tuvo, de hecho, en 1915 un punto álgido en su historia: el uso de gas clórico en abril en el frente de Ypres. Y de ahí, al uso de lanzallamas y de gas de fosgeno en el fallido asalto alemán a Verdún, la masacre de la ofensiva en el Somme, y la imposición de la guerra submarina como recurso de desgaste del comercio marítimo, y por tanto de los recursos económicos nacionales. Tras el final de la guerra de movimiento en 1914, los países beligerantes se encontraron frente al problema de cómo recuperar la iniciativa manteniéndose fieles al compromiso con el principio de ataque, mientras se enfrentaban a la realidad del poder de fuego defensivo. Los intentos por resolver el enigma llevaron, según McMillan (pero citando a John Horne), a la escalada de la violencia en el combate a niveles inimaginables, como en las batallas de Verdún y el Somme en 1916 (28). Los historiadores de la Gran Guerra tienden a verla como una experiencia paradigmática por la escala de la violencia que desencadenó. Sin embargo, solo recientemente ha hecho eclosión una revisión del conflicto que, de la mano de la literatura sobre la violencia, las retaguardias y los mecanismos de ocupación territorial, resitúa la Gran Guerra en la historia contemporánea de la violencia y de la memoria colectiva del siglo XX (29).

Su origen está en esa primera gran renovación historiográfica que vino, de hecho, de la reevaluación del impacto de esa experiencia de guerra, entendida como proceso de contacto y proliferación de la muerte de masa. La vida de la trinchera sería, así, uno de los temas más recurrentes antes de final de siglo, a partir de Fusell o del muy influyente trabajo de Eric Leed, el primero de los que, después, se basarían en testimonios personales, *egodocuments* y prensa de trinchera (30). La experiencia de la guerra no supondría, según Leed, sino la continua transgresión de categorías (humano-no humano) en la que la muerte dejaría de ser una abstracción para eclipsar cualquier tipo de dignidad y precipitar al soldado a un mundo sin salidas (31): una experiencia tan radical que habría ocasionado una discontinuidad cognitiva en todos los niveles de la conciencia y la identidad individual, como posiblemente todas las guerras, solo que está en una escala cuantitativa sin precedentes (32). Según relata Antonio Gibelli a

(28) McMILLAN (2011): 46.

(29) Sobre la memoria de la Gran Guerra, WINTER (1995) y (2006).

(30) Como *L'Echo de Tranchées-vile*, *Le Ver luisant* o *Le Crocodile*: AUDOIN-ROUZEAU (1992). Sobre la movilización de los mecanismos de propaganda, la censura, el cine, WELCH (2000).

(31) LEED (1979): 33. La experiencia de guerra no es solo pasiva, de resistencia a los bombardeos, sino también activa: BOURKE (1999).

(32) JONES (2006): 229-246. LAWRENCE (2003): 557-589.

partir de análisis médicos y psicológicos, que parten de hecho del psicoanálisis y de la nueva noción médica de la neurosis de guerra, esos bombardeos trajeron consigo, en la percepción del soldado, una desintegración del mundo: una suerte de simbiosis entre organismo vivo y materia inanimada, de combinación inédita entre lo biológico y lo mecánico (33). La promiscuidad de la vida de trincheras, la confusión sensorial, eran la tónica en lugares donde había una terrorífica mezcla entre cuerpo y materia, tierra, fango, mierda y tejido cerebral (34). La alteración del estado de conciencia, la limitación de la percepción, la inmovilidad, el ataque sensorial continuo, el deseo de huir, la tierra de nadie (*no man's Land*), el espacio frente a sí como lo ignoto, la tierra propia como un laberinto sin salida son metáforas comunes de las correspondencias desde las trincheras (35).

Los medios para tratar de huir de semejante realidad, estudiados por Gibelli, le iban a la zaga en cuanto a crueldad: para tratar de recuperar el control sobre su propia vida, el soldado era capaz de autolesionarse, de mutilarse, de fingir locura, de insubordinarse, de suicidarse. Quienes quedaban, los que lograban sobrevivir a la experiencia de la vida en trincheras, volvían potencialmente traumatizados: su difícil inserción en la vida civil fue uno de los problemas más graves que hubieron de afrontar, con mayor o menor suerte, los estados europeos de entreguerras. Ante la dificultad de superar la experiencia vivida, para algunos la única solución era el silencio (36). Y, sin embargo, los modelos imaginarios a los que se recurrió para explicarla hubieron de ser los de la antigua tradición liberal. El mismo Jay Winter expondría sus dudas hacia la noción de ruptura neta sostenida durante los años setenta y ochenta por la historiografía, entre otras cuestiones porque la superposición de lenguajes viejos y nuevos, de tradición y moderno, resultó evidente en las experiencias cotidianas de los contemporáneos (37). Evidentemente, el lenguaje no pudo cambiar tan rápidamente, y la experiencia bélica hubo de contarse con los esquemas narrativos previos. Pero ello no quiere decir que, históricamente, la guerra no supusiera una fractura. La guerra creó o mostró a los ojos de sus combatientes una nueva realidad, la de la modernidad. Y lo hizo de manera violenta y trágica, como demostró la historiografía clásica sobre 1914.

En todo caso, la experiencia de la guerra total no ha sido siquiera lejanamente el tema más explorado por los historiadores de la Gran Guerra. Antes bien, los temas de la historiografía clásica transitan desde las responsabilidades nacionales a los entusiasmos populares, desde las armas hasta la opinión pública, o desde la diplomática hasta los equilibrios del poder militar, político y económico mundial. Las dos siguientes líneas de ruptura histórica más clara-

(33) GIBELLI (1991): 183.

(34) GIBELLI (1991): 188.

(35) LEED (1975).

(36) ROBBINS (1999): 164.

(37) WINTER (1995): 10.

mente evidenciadas por la historiografía clásica tuvieron, de hecho, como escenario el mismo año 1917, nacieron desde dos acontecimientos que marcaron radicalmente el marco del proceso bélico y sus consecuencias, y han sido materia de centenares de trabajos de índole política y diplomática. Es imposible infravalorar la trascendencia de las revoluciones rusas de 1917. Cuando por su parte, tras el hundimiento del *Lusitania* en 1915 y la interceptación del telegrama Zimmermann, Estados Unidos decidiese entrar en guerra, las potencias en conflicto estaban sin embargo más que desgastadas, pese a que la salida de Rusia de la guerra con la paz de Brest-Litovsk dejase a Alemania en una posición muy fuerte en el contexto internacional. Por eso la Gran Guerra marcaría el inicio del siglo americano y, con el tiempo, de la geoestrategia bipolar de la Guerra Fría. Las últimas ofensivas de los imperios centrales, que tuvieron como respuesta el avance de los aliados en el frente occidental (desde las victorias de Marne y Amiens), marcarían tras la ocupación americana de Sedán la derrota de los imperios centrales y los progresivos armisticios, la abdicación del Káiser y la del emperador austriaco Carlos I. La Conferencia de Paz de Versalles habría de ratificar la debilidad del concierto internacional impuesto por los vencedores. Las ayudas económicas de EE.UU. determinarían el colapso económico de la Europa de entreguerras (38). Las compensaciones, la descolonización y el desarme de Alemania servirían de palanca para el desequilibrio de Weimar (régimen nacido de la guerra pero democrático y de consenso, identificado con la inflación, paro y degradación de la vida que trajeron los pagos en un contexto de crisis) y para las aspiraciones políticas del nacionalsocialismo (39). Y, en general, la reconstrucción de la sociedad europea tras la Gran Guerra estaría marcada por las consecuencias de la guerra total. Tanto, que en opinión no escrita (y, en el contexto de su formulación, algo irónica) de Paul Preston, la principal consecuencia de la Primera Guerra mundial no fue otra que la Segunda Guerra mundial.

Los análisis diplomáticos y políticos a escala estatal de la Gran Guerra han sido, de hecho, constantes hasta la actualidad. La descomposición bélica de Yugoslavia, la separación de Checoslovaquia y cuanto de enmienda de Versalles tuvo el post-89 europeo resituarían la Gran Guerra en una nueva óptica. El énfasis en esas dimensiones políticas y geoestratégicas a principios de los Noventa vendría, así, marcado por agendas no exclusivamente historiográficas. Sin embargo, esa dimensión metahistoriográfica tampoco sería nueva. Además de empírico, las investigaciones que cambiaron la percepción de la Gran Guerra en los años setenta y ochenta tenían un poderoso anclaje contextual, aunque no siempre se hizo explícito. Parece plausible que el interés por las consecuencias diplomáticas de 1914-1918 en los años sesenta tenga no poco que ver con la búsqueda de los orígenes no tanto de los bloques, cuanto más bien de dos

(38) ALDCROFT (1991).

(39) CROUZET (1972): 93-106.

polos magnéticos de la Guerra Fría. Y yendo al origen de la historiografía que originalmente se hizo eco de la cuestión capital de la experiencia de guerra, Purseigle y MacLeod (40) identifican magistralmente el nudo de la cuestión: en una entrevista publicada en 1996, Paul Fussell reconoció que su libro de 1975 *The Great War and Modern Memory*, el ineludible referente sobre la dimensión humana y memorialística del conflicto, tenía más que ver con Vietnam que con la Primera Guerra mundial. La nueva historia cultural de la Gran Guerra la escribió una generación de historiadores que, como hiciera Coppola en 1979 al llevar en *Apocalypse Now* a Vietnam el libro de Conrad, establecería un diálogo explícito o implícito entre pasado y presente. Las preguntas, para ellos, eran las mismas, pues similares eran sus entornos y categorías de interpretación: del presente, del pasado, del pasado desde el presente, y del presente desde el pasado.

2. LA GUERRA EN LA GUERRA: EL NACIMIENTO DE LA VIOLENCIA CONTEMPORÁNEA

La de 1914-18 fue una guerra de vulneración generalizada y definitiva de los principios y las normas bélicas decimonónicas, de bombardeos sobre civiles, bloqueos económicos, ocupaciones territoriales y trabajos forzosos de la población no combatiente. De dimensiones, en consecuencia, antes desconocidas en las escalas de la violencia contemporánea (41). Para cuantos no vivieron la experiencia de los frentes, la guerra total tenía reservadas también buena parte de los sufrimientos que marcaron la Primera Guerra mundial. Para Freud, una de las consecuencias de la guerra sería la conversión del Estado en potencia cercana «con su relevancia en la vida privada y la extensión de su poder» (42), es decir, una íntima identificación entre Estado y violencia. Antes extraño, ajeno en muchos sentidos, el Estado aparecía cercano. Una amenaza permanente en forma de muerte, deportaciones, movimientos de fronteras, cuyo análisis ha sido, de hecho, uno de los vectores centrales para la renovación de la historiografía sobre la Gran Guerra. Las penalidades de la vida en el frente interno, de la experiencia de los bombardeos masivos y las represalias (también masivas) sobre la población civil, determinadas por la forma en que se desarrolló la guerra, fueron el contexto de nuevos ritos de separación, marginación o de agregación, como en las guerras precedentes, solo que ahora implicando a toda la población civil. Ese fue el terreno de análisis de, entre otros, George Mosse, para quien la percepción colectiva y el culto a la muerte, al soldado caído y los

(40) PURSEIGLE y MACLEOD (2003).

(41) Sobre la violencia en la Primera Guerra mundial, véanse el fundamental trabajo de KRAMER (2007). También BECKER, AUDOIN-ROUZEAU, INGRAO y ROUSSO (eds.) (2002) y BECKER y AUDOIN-ROUZEAU (2000).

(42) GIBELLI (1991): 76.

valores de la guerra, el sacrificio por la patria, el martirio y la resurrección de los valores nacionales se convertirían en vectores gravitacionales de la construcción identitaria nacional, con los cementerios como epítomes, como lugares de culto laico o religioso, pero siempre nacional. Y con el espacio público, la calle, como territorio para una lucha política de «*stile brutale*». Un estilo, según Mosse, mutado por los cambios en la actitud hacia la muerte provocada por la guerra (43).

En buena medida, la renovación culturalista del análisis historiográfico de la Gran Guerra vino de la mano del concepto de brutalización. De hecho, del concepto mossiano, y de su ubicuidad. Bajo el paraguas del sintagma central, cultura de guerra, la historiografía centrada en la dimensión cultural colectiva del conflicto se ha convertido, desde los años noventa, en un referente ineludible, por cuanto logró la convergencia de los análisis centrados en las praxis de violencia en frente y retaguardia (es decir, los temas estrella en los ochenta y los noventa) con el giro cultural historiográfico. Todo ello, claro está, no exento de debate. En primer lugar, por la jerarquización temática que sitúa a la dimensión cultural como la capital en el análisis de los comportamientos y procesos históricos humanos. Y en segundo, por la primacía analítica otorgada a la identificación, la representación o la pertenencia. Es decir: a sentidos más que a procesos o contextos. La revisión cultural de la guerra ponía sobre la mesa la necesidad de revisar los paradigmas interpretativos basculando el foco de atención central desde la trinchera a la retaguardia o, mejor, integrando ambas dinámicas en una narración única. De ahí la importancia de un trabajo de *mise en scène* como el editado por John Horne en 1997 (44) donde, a partir de la categoría de guerra total, se combina el análisis de las prácticas de movilización intelectual, social y económica con las derivas totalizadoras y brutalizadoras de las prácticas de combate.

En ese terreno resultaría también fundamental para la historiografía de la Gran Guerra la cuestión de la violencia y, claro está, de la demografía, tema en el que se especializaría el que a la postre ha acabado siendo uno de los historiadores más importantes tanto de la guerra como de la contemporaneidad, Jay Winter. La historia de las capitales en guerra del mismo Winter y Jean-Louis Robert estuvo entre los primeros intentos de hacer una historia de la Gran Guerra que saliese del marco estrictamente nacional, para analizarla desde la poliédrica noción de comunidad. En su análisis de la demografía de las dos ciudades, Winter señala que la gran variable exógena de París y Londres la supusieron los bombardeos, unas 1.000 víctimas a causa de bombardeos aéreos o de artillería, así como la pandemia de gripe española de 1918-1919 y la tuberculosis endémica. Sin embargo, y pese a los problemas de estimación, sería inadecuado, señala Winter, que, salvo excepciones, en las capitales aliadas la mortalidad

(43) MOSSE (1990): 179.

(44) HORNE (1997).

civil no fue mejor ni peor que lo que había sido hasta la víspera de la guerra. Las tasas de mortalidad crecieron por una combinación de factores: las rápidas migraciones, la pobre nutrición, el amontonamiento en las casas que, unidas a otras condiciones bélicas, favorecerían las infecciones respiratorias. Pero según Adrian Gregory las fracturas de la comunidad urbana vinieron al final de la guerra, con el regreso de los excombatientes a las ciudades, siempre teniendo en cuenta que la proporción de combatientes voluntarios en los frentes fue menor entre los jóvenes urbanos que en los de poblaciones rurales (45).

La Gran Guerra supuso una forma nueva de enfrentamiento armado, altamente letal y fuertemente deshumanizado (46) que, además, contuvo en su interior procesos bélicos y violencias superpuestas que no siempre suelen interrelacionarse. El de sus guarismos es, sin embargo, siempre un terreno resbaladizo. Distinguir combatientes de no combatientes en la guerra total, también. Y si a eso le sumamos el que la tecnología bélica era infinitamente superior a la de la información y el conocimiento (era más fácil, en suma, matar al enemigo que conocerlo), nos encontramos con las evidentes dificultades para dirimir las bajas reales y efectivas, divididas y separadas por categorías (reales y analíticas), que resultan sin embargo capitales para evaluar la importancia e impacto de la Gran Guerra. Solo en 1915, Francia tuvo hasta 1.500.000 bajas entre muertos y heridos; Gran Bretaña 300.000 y Alemania 875.000. En términos relativos, Francia sufrió un 16,8% de bajas entre sus movilizados, por el 15,4% de Alemania. En Francia, el número de heridos respecto a los totales de movilización se acercan al 40%. Una gigantesca proporción de la población masculina entre 15 y 49 años se hizo soldado: cerca del 80% en Alemania y Francia, 75% en Austria-Hungría, entre el 50 y el 60% en el Reino Unido, Serbia y el Imperio Otomano, y el 40% en Rusia. De ellos, unos 9 millones, la mitad murieron, fueron heridos o hechos prisioneros. Murió uno de cada tres serbios, uno de cada cuatro rumanos, turcos o búlgaros, o uno de cada seis franceses y uno de cada ocho británicos.

El de las bajas sigue siendo pues un territorio conflictivo. Tuvo, en todo caso, un impacto demográfico sin precedentes, bajo el manto de unas cifras globales aceptadas de en torno a 9-10 millones de soldados muertos sobre los 70 millones movilizados y 25 millones de heridos. Cada día morían 1.300 alemanes y 900 franceses. Pero exactamente, ¿en qué proporción de combatientes y civiles? Para Mann, la proporción de civiles muertos en la Gran Guerra no superaría el 10% propuesto por Chestermans (47). Mc Millan considera que son el 5%, frente al 66% de la Segunda Guerra Mundial (48). Y todas esas cifras contrastan con el 30% propuesto por Alan Kramer, el mayor experto actual en

(45) WINTER (1997): 487-523 y WINTER y GREGORY (1997): 57-103.

(46) BECKER y AUDOIN-ROUZEAU (2000): 30-31.

(47) MANN (2005): 12. CHESTERMANS (2001).

(48) MC MILLAN (2011): 46.

todo lo relativo a los prisioneros de guerra, las deportaciones de civiles, los sistemas concentracionarios y los trabajos forzosos en la Gran Guerra (49). Su estudio capital ha puesto de relieve cómo los repertorios de violencia en la Gran Guerra rebasaron lo estrictamente bélico, y no consistieron solamente en los asesinatos de soldados y militares. De hecho, un elemento central de los estudios recientes ha sido el de la ampliación de los repertorios de lo que debe considerarse prácticas de violencia en el marco de las políticas de ocupación, tanto sobre soldados como sobre la población civil (50).

Como ha identificado Kramer, de estos últimos 58.432 belgas fueron deportados a Alemania, y otros 62.155 fueron forzados a trabajar tras el frente en Francia y Bélgica, a veces bajo el fuego de las armas aliadas. Incontables miles de hombres y mujeres franceses fueron forzados a trabajar cavando trincheras, construyendo fortificaciones, carreteras y raíles para el ejército alemán, a despecho de las leyes internacionales (51). Más de 2.000 civiles franceses murieron como trabajadores esclavos, un 2,17% de los deportados por Alemania. En el frente oriental, los lituanos debían ceder paso en la calle y saludar a los mandos ocupantes, y 60.000 de ellos fueron utilizados como mano de obra gratuita. Miles de polacos, además, fueron deportados a Alemania como trabajadores forzosos, provocando muchas menos protestas internacionales que la deportación de franceses y belgas (52). Aunque fuesen la población mayoritaria, no hubo pues solamente soldados en los campos de concentración (53). La Gran Guerra creó una crisis alrededor del tratamiento y eventual repatriación de hasta 9 millones de prisioneros de guerra (54). Además, los procesos de violencia interna que la guerra auspició y contribuyó a crear (deportaciones, homogenizaciones étnico-nacionales o guerras internas) elevarían los índices y guarismos a cotas hasta entonces desconocidas.

Es destacable, sin embargo, cómo procesos de tal magnitud como la revolución en Rusia, la guerra civil en Finlandia o la eliminación de la minoría armenia en Anatolia suelen descontextualizarse del entorno bélico. Durante la Primera Guerra mundial armenios, griegos, asirios, cristianos caldeos y kurdos del Imperio Otomano murieron en procesos de reasentamiento forzoso y masacres de diferente índole (55). Sin la guerra, los índices de violencia fueron, en cambio, considerablemente menores. El asesinato de la minoría nacional armenia en Turquía no necesitó del contexto bélico en 1894-1896 ni en 1909, pero el modo en que tuvo lugar (identificación de la minoría nacional como enemiga

(49) KRAMER (2005). Sobre las represalias sobre la población civil, HORNE y KRAMER (2001).

(50) MC PHAIL (1999), PROCACCI (1999).

(51) Becker (1998): 63.

(52) HERBERT (1997): 13-26.

(53) HORNE (1992). Ver también PROCACCI (2002).

(54) STIBBE (ed.) (2009).

(55) GERLACH (2010): 2. Sobre deportaciones y concentraciones, también BECKER (2010).

y aliada de enemigos; deportación y muerte masiva) requirió del contexto legal y funcional de la guerra internacional. De hecho, no pocos se han interrogado en los últimos años sobre la pertinencia de un análisis centrado en las continuidades, los aprendizajes de praxis militares o la generación en contexto colonial de unas prácticas de violencia colectiva ilimitadas (56). Y no menos, sobre la cesura histórica y la pedagogía de la violencia extrema que supuso para Europa la Primera Guerra mundial (57). Un conflicto de escalas desconocidas que convirtió a la violencia en un eje gravitacional de la contemporaneidad europea: en un factor de construcción nacional, identificación de la comunidad y purificación social, además de un mecanismo para la actuación sobre el problema de las minorías.

La Gran Guerra supuso un punto de ruptura fundamental para la configuración de las identidades étnico-nacionales y un marco, el de la guerra total, propicio y nuevo para su resolución (58). El primer genocidio del siglo breve, el de la población armenia en Turquía (con su tasa de identificación, desplazamiento forzoso, confinamiento y asesinato), apunta precisamente en esa dirección (59). La misma a la que apunta el caso de las guerras civiles nacidas al calor de la guerra mundial, en Rusia y en Finlandia. Las guerras internacionales suelen contener, de hecho, en su interior procesos de fractura interna, lo cual es evidente si analizamos la Segunda Guerra mundial, y algo menos en el caso de la Primera. Sin embargo, esta marcó el nacimiento de la era europea de las guerras civiles entre 1918 y 1947 y, asimismo, de algunos de los elementos que contribuyen a explicar su virulencia, fundamentalmente las macrocategorías de revolución y contrarrevolución (60). En ambos casos, los guarismos de las políticas de violencia, limpieza y depuración sirven tanto para constatar las dificultades en diferenciar muertos y asesinatos, civiles ejecutados o muertos por las condiciones de guerra, como para asegurar que el contexto de la Gran Guerra en el que ambas tuvieron lugar contribuyó fuertemente a los porqués (definidos por dos dimensiones, fragmentación y soberanía), a los quiénes (actores locales y supralocales, civiles y ejércitos (61)) y a los cómo (internamientos, políticas de ocupación, trabajos forzados, asesinatos de civiles) de las violencias internas.

Es además a través del análisis de la violencia que tradicionalmente se liga la Gran Guerra con el nacimiento de la gran cultura política propiamente euro-

(56) Sobre la frontera colonial de la violencia, véase el reciente DWYER y RYAN (eds.) (2012).

(57) El mejor trabajo en ese sentido es el de KRAMER (2007).

(58) ROSCHWALD (2001). NÚÑEZ SEIXAS (2001). Más ejemplos, en SANBORN (2005): 290-324.

(59) AKÇAM (2006). KÉVORKIAN (2006).

(60) Para Rusia, MAYER (1987), BROVKIN (1994), FIGES (2000): 609 y ss. Para Finlandia, ALAPURO (1988). UPTON (1980). Un estudio comparado, en CASANOVA (2001): 1-28. Los trabajos de referencia para la guerra en Finlandia, de Manninen, Paavolainen y Ylikangas, los cita ALAPURO (2002).

(61) Como recuerda GONZÁLEZ CALLEJA (2013): 138.

pea de la primera mitad del siglo XX, el fascismo. Y para ello, la experiencia de guerra en Italia resulta clave, pese a tratarse de un país entrado tarde en guerra y de importancia relativa menor respecto a los *Great Powers* o los Imperios Centrales. El ejército de campesinos analfabetos (suponían el 58% de la población, según Gibelli) que integraban las fuerzas armadas italianas poca o ninguna implicación podía tener en la idea de llevar a Italia al lugar de las grandes potencias a nivel internacional. Su vaga identificación con la causa nacional y hasta con la idea de patria son un buen exponente de un ejército para cuyos integrantes el Estado sólo representaba los impuestos, el servicio militar y la lengua de uso burocrático, que se aprendía en los colegios pero que no se usaba en los ámbitos familiares. Para ese ejército y el país que representaba fue crucial una derrota como la de Caporetto, que reveló con toda su crudeza la realidad italiana (62). La ruptura del frente en los días 24 y 25 de octubre de 1917 y la huida sin rumbo de miles de soldados sin orden ni disciplina provocó una entrada de profundidad de las tropas austriaco-alemanas del general Von Below, la pérdida de unos 20 kilómetros del Véneto, la ocupación de esta región y de Friuli durante casi un año, y sobre todo la muerte de unos 100.000 italianos. En una guerra que se había caracterizado por el desgaste y la inmovilidad (el ejemplo más claro son las 11 batallas desarrolladas en el frente de Isonzo) semejante derrota reveló cómo la guerra jamás había llegado a convertirse en una convicción «davvero diffusa» ni entre las tropas ni entre la población (63). Lo fue posteriormente, apelando al honor y a la venganza, en Vittorio Veneto. Pero lo que quedó, además de un intenso nacionalismo irredentista, fue una percepción colectiva de derrota: el «crollo, l'umiliazione, la minaccia all'integrità» (64). De todo ello, de esas metáforas recurrentes como la de la humillación nacional, daría buena cuenta el por entonces pequeño movimiento político reunido en la milanesa Piazza San Sepolcro en marzo de 1919.

La radicalización en tiempo de guerra y, en particular, de guerra total fue un fenómeno visto como homogeneizador de los diferentes fascismos europeos. El consenso historiográfico a la hora de situar los orígenes del fascismo en la Gran Guerra, tiempo de aceleración histórica, y en sus consecuencias en todos los órdenes de la vida política europea parece, de hecho, generalizado. Sin embargo, convertir la guerra en la *causa* del fascismo es más complicado. De la amplia historiografía de referencia, podemos extraer como mínimo tres elementos comparativos emanados de la Gran Guerra que contribuirían a explicar el contexto de la construcción de las sociedades fascistas en Europa. Primero, la brutalización (rituales de masas, violencia, racismo, xenofobia) que, a través de la experiencia de la muerte de masas, determinó la vida política de la Europa de entreguerras y dotó a los fascismos de primera hora de buena parte de su entra-

(62) GIBELLI (1999): 258.

(63) GIBELLI (1999): 304.

(64) MONTICONE (1972): 169.

mado mítico, cultural e identitario; segundo, el deseo ultranacionalista y patriótico de renacimiento palingenésico de la nación y de construcción de una comunidad nacional homogénea y fuerte, una comunidad entendida por los excombatientes como de sufrimiento y dolor; y tercero, la aceptabilidad de la violencia, de la eliminación de la amenaza a la comunidad nacional, del enemigo interno o externo, mediante la expulsión ideológica o, llegado el caso, el exterminio físico. Sin embargo, y sin pretender contradecir a los Mosse o Traverso, no por ello hay que establecer una relación causal descontextualizada. Hubo fascismos en naciones derrotadas, en naciones vencedoras, en naciones neutrales durante la Gran Guerra. La mística del terror y de la violencia la elaboraron y manejaron excombatientes, pero también hubo excombatentismo pacifista. Y mientras que muchos de los dirigentes fascistas habían combatido en las trincheras, para los jóvenes fascistas sobre los que se sustentó la radicalización y mundialización del fascismo esas experiencias de la violencia eran narrativas marcadas a fuego en el cuerpo de la nación, pero no en el suyo propio.

El resultado ha sido, de hecho, muchas veces una foto fija, fosilizada y carente de las dinámicas de los procesos de formación histórica de los fascismos, con un *idealtipo* basado en los casos alemán e italiano elevados a rango de paradigma, según el cual el fascismo sería una suerte de reacción contrarrevolucionaria destinada a la supresión de la representatividad y la desactivación de la alternativa socialista de poder, heredera de la derrota bélica y temerosa de los fantasmas de 1917 y ejecutada por excombatientes nacionalistas irredentos y traumatizados por la experiencia de la guerra. Estemos o no de acuerdo con esa visión, que excluye de entrada una naturaleza proactiva y no meramente reactiva al fascismo, que elimina su raigambre cultural anterior a los años diez y veinte (y anterior, por tanto, a la Gran Guerra) o que excluye del panorama interpretativo un desarrollo paralelo al de otras culturas políticas en la Europa del primer tercio del siglo XX, desde la misma resulta sencillo excluir de la familia a cualquier país que no fuese derrotado en 1918. España, sin ir más lejos (65).

Central resulta, en ese sentido, alejarse de las visiones y lecturas románticas y, en no poca medida, conductistas y finalistas. La experiencia de guerra, muerte, sufrimiento y carestía en los frentes y las retaguardias ha sido vista, casi unánimemente, como factor *sine qua non* para el nacimiento de los fascismos, pero como ha señalado acertadamente Ferran Gallego, el fascismo también germinó en la sociedad precombatiente. Y, en términos generales historiográficos, parece evidente que la masividad de los crímenes tanto de la Primera como de la Segunda Guerra Mundial han acercado a los historiadores de 1914 a una dimensión nueva, encabezada originalmente (pese a no entrar directamente en el análisis de las éticas de guerra) por Jay Winter y Antoine Prost quienes, conscientes de que la noción de contemporaneidad nace en la Gran Guerra, se ven impelidos a la proyección al pasado de las categorías ético-interpretativas desde

(65) GALLEGO (2014).

las que buena parte de la historiografía ha releído el pasado reciente. La impresión resultante es que el análisis hecho de adelante atrás, que da por sentado y conocido el nacimiento de la alternativa fascista y eliminacionista en Europa, otorga mucha más importancia a los resultados de la guerra que a la guerra en sí. Y deja a esta, en consecuencia, si no vacía de contenido, sí reducida a una mera condición necesaria, una puerta de entrada para la apertura de entreguerras: para la era de Auschwitz.

3. PERSPECTIVAS

Fuese o no la entrada a la era de la violencia y el genocidio, lo cierto es que en ese camino la Gran Guerra ha visto diluida parte de sus especificidades. Tanto, cuanto que esa relectura ha contribuido a ampliar los márgenes de conocimiento de un fenómeno poliédrico y rico de experiencias, individuales y colectivas. Para Purseigle, el dinamismo y la diversidad de los estudios actuales sobre la Gran Guerra deben interpretarse como una adaptación historiográfica tardía a las complejidades y transformaciones implícitas en el conflicto. La Gran Guerra hizo explotar en un conflicto a gran escala las relaciones entre agresividad exterior y equilibrio interior, nacionalismos e imperialismos, modernización y anacronismos finalizadas en una «larga espiral de descontrol» (66) que, si bien podía preverse en función al creciente desvío de fondos dentro de los países hacia el gasto militar y el armamento, no dejó de superar exponencialmente cuanto pudiera haberse previsto en 1914.

La imagen del enemigo, sin ir más lejos, ha acabado por convertirse en terreno de profundas reflexiones (67). De la rusofobia a la anglofobia, desde el terror a las atrocidades alemanas (68), a la construcción de los estereotipos del otro nacional (69), la Gran Guerra supuso un gigantesco laboratorio de militarización y estereotipización de la opinión pública. Michael S. Neiberg ha analizado recientemente los parámetros culturales que llevaron a la aceptación de la guerra por parte de las poblaciones de los países combatientes: independientemente de dónde viviesen, los europeos pensaron que la responsabilidad de la guerra recaía exclusivamente en otros países, y que sus gobernantes habían hecho lo posible para evitar la guerra. Los europeos se veían a sí mismos con pocas oportunidades para afrontar una crisis de esas dimensiones. Los estereotipos, así, no crearon la guerra, pero sirvieron de campo abonado para el odio y

(66) Ambas citas, en PRESTON (1995): 2.

(67) Es fundamental en ese sentido la aportación de la antropología, analizada por EVANS (2010) o MARCHETTI (2007): 165-189.

(68) HORNE y KRAMER (2001).

(69) Pocas fuentes como las imágenes y caricaturas sirven para valorar el impacto que la propaganda visual tuvo en los estereotipos nacionales: GULLACE (2011): 686-700.

la crueldad cuando esta comenzó (70). La Gran Guerra habría sido, así, una guerra de propaganda que incluiría valoraciones de fuertes connotaciones raciales, incluida entre ellas el que el Reino Unido y Francia, al utilizar mano de obra y soldados de razas diferentes a la blanca o permitir el apoyo del ejército estadounidense, serían naciones traidoras a la raza blanca (71). Y lo fue, entre otras dimensiones, por su carácter no solamente multinacional, sino también multiétnico y multirracial. El debate historiográfico actual sobre la alteridad, nacional, religiosa o racial alcanza así desde los combates hasta los trabajadores extranjeros pasando, por primera vez a escala mundial, por los prisioneros de guerra: un encuentro culturalmente *racializado* (72). En la Gran Guerra participaron miles de no europeos: trabajadores chinos, askaris africanos, sepoys indios. 140.000 trabajadores fueron enviados de China a Europa, a cavar trincheras, reclutados por el Reino Unido y Francia, junto con vietnamitas, sudafricanos o indios (73). Francia movilizó a 500.000 soldados coloniales, las colonias británicas aportaron hasta 1,3 millones, y solo la India, 1,4. Se calculan, además, hasta 400.000 soldados afroamericanos. Santanu Das estima en 4 millones de *non-white* los combatientes y no combatientes implicados y movilizados en la guerra (74).

De hecho, además de por analizarse desde la perspectiva de la historia de la historiografía, el gran reto de las investigaciones sobre la Gran Guerra pasa hoy por el estudio multipolar. Y más concretamente, por traspasar el marco del eurocentrismo. Este aspecto inunda, de hecho, las reflexiones contemporáneas sobre la experiencia personal y colectiva de la guerra. Como señala John Horne, «Crossing national boundaries has become central (...) The nation-state and national efforts were central (...) but national frameworks of analysis are insufficient», lo que puede parecer una paradoja, pero no lo es tanto. «More perhaps than any other, the Great War was the episode that confirmed the nation as the organising principle of both politics and identity in the contemporary world». Configuró, pues, el marco nacional en base a dinámicas transnacionales. Y lo hizo desde lógicas que en no pocos casos no eran ajenas a las dinámicas supranacionales, generalmente superpuestas sobre las locales y regionales.

Observando las actas de los congresos bianuales de la International Society for First World War Studies (75), un excelente termómetro de los avances en la

(70) NEIBERG (2011): 235.

(71) STIBBE (2001) y, sobre la cuestión capital del internamiento de civiles, STIBBE (2006): 5-19.

(72) Como en el caso del internamiento del *enemy alien*, 8.000 prisioneros de guerra en las Rocosas canadienses, analizado por KORDAN (2002).

(73) Sobre los trabajadores chinos, GUOQUI (2011).

(74) DAS (2011). JONES (1999): 180 habla de «fear of the racial other».

(75) Donde toman cuerpo investigaciones recientes sobre el encuentro con el prisionero de guerra, sobre el papel de los capellanes de guerra, sobre la moral de las tropas, sobre la cuestión racial, la femenina, la de la representación literaria contemporánea y posterior, o la cinematográfica.

historiografía reciente, se constata que los temas en desarrollo van desde la movilización en regiones menos centrales en el relato diplomático hasta la ciencia durante la guerra, desde la cuestión de la identidad nacional a la experiencia de guerra. Pero, asimismo, que si un tema destaca de entre los que han emergido con fuerza en los últimos años, continuando una tendencia afianzada ya desde finales del siglo pasado, ese es el de la violencia y sus legados (76). La guerra total se caracterizaría, además de por una dimensión total en términos de movilización, economía o industria asumida por toda la historiografía (77), por su carácter destructivo y disruptivo, que abocaría a las sociedades en guerra a asumir nuevos retos y nuevas necesidades que llevarían a las instituciones a la adaptación o al colapso. Y en ese sentido, un vector analítico fuerte en la actualidad es el de la guerra como proceso transformador, de la sociedad en su conjunto y de las bases políticas y sociales del Estado nación, de la relación de los ciudadanos con el poder, con el gobierno y, aun más, con sus propios conciudadanos. Más allá de la evolución tecnológica y logística precipitada por la industrialización, la guerra fue un proceso performativo en sí mismo.

En ese contexto, la guerra total alcanzó todos los órdenes de la vida: domésticos, comunitarios, nacionales o transnacionales (78). Varió elementos de la cultura material, objeto de una gran tendencia historiográfica de gran vigencia e intersección de hecho de varias tendencias diversas que abarcan desde la memoria y las memorias del conflicto, el interés artístico (centrado en la pintura y el dibujo, fundamentalmente) y museístico (creciente desde el tiempo bélico, y cristalizado en el Imperial War Museum de Londres, inaugurado en 1917), hasta el análisis de la propaganda y sus objetos (incluidas las postales o hasta las prótesis como elementos de propaganda) y, en el presente, de la representación del pasado, sus usos y su espectacularización (79). Cambió, o al menos trastocó, algunos estereotipos sexuales: la sexualidad, las relaciones entre sexos y dentro de la propia identidad sexual es, de hecho, otro de los grandes temas de la historiografía actual sobre la Gran Guerra, que sirvió como marco para que algunas mujeres tomaran parte no solamente en la economía de retaguardia sino, entre otras muchas cuestiones, en el problema de la violencia contra las mujeres en tiempo de guerra. No solo el trabajo sino también la experiencia, la vivencia y la reivindicación identitaria abrieron las puertas de la ciudadanía a las mujeres (80). E influyó, además, en la identidad masculina. Como ha seña-

fica. PURSEIGLE y MAC LEOD (2004). PURSEIGLE (ed.) (2005). JONES, O'BRIEN, SCHMIDT-SUPPRIAN (eds.) (2008). KEENE y NEIBERG (eds.) (2011). *Vid.* <http://www.firstworldwarstudies.org/>

(76) KITCHEN, MILLER y ROWE (eds.) (2011).

(77) Uno de los primeros fue DREISZIGER (1981).

(78) Sobre los lazos identitarios familiares WALL y WINTER (eds.) (1988). TODD (2011): 257-278.

(79) En esto, el estudio de los memoriales de guerra, desde 1918 hasta el presente, ha adquirido una dimensión casi de microtendencia en sí. Por todos, KING (1998).

(80) JENSEN (2008). Sobre la memorialística italiana y los cambios en los roles femeninos, SCARDINO BELZER (2010). Varios ejemplos sobre identidad y ciudadanía femenina: en Austria,

lado Jessica Meyer, la Gran Guerra fue, para los hombres de la generación de combatientes, la arena en la que la masculinidad de los combatientes terminó de definirse. En consecuencia, la identidad subyacente de la experiencia bélica fue, implícita o explícitamente, sexuada (81).

El reto pasa pues por abordar la dimensión íntima del conflicto. Algunos autores lo han hecho sobre todo desde las fuentes personales de los frentes (82). Pero esta dimensión psicológica ha sido abordada desde los más variados sujetos históricos (83). Y es posible que esa sea la línea a recorrer en el presente: la de la multiplicación de los sujetos (84). En conclusión, no existe un consenso sobre si se trató de un catalizador y acelerador de tendencias ya en desarrollo, al menos en el ámbito cultural (85). No hay, pues, la respuesta a la pregunta inicial, sobre la continuidad o la cesura. Siguen, de hecho, vigentes cuestiones capitales como las del origen de la guerra y del entusiasmo bélico (86). Y mientras que se resuelven esas grandes preguntas, otras de no menos calado deben también plantearse. Queda inexplorada la dimensión económica de la guerra. Es fundamental plantearse la importancia crucial de la perspectiva local (87). Y como bien señala John Horne en sus palabras iniciales en *Other combatants, other fronts*, una de las fronteras inexploradas por la historiografía es la de comprender las diferencias entre lo que los contemporáneos pensaban que iba a ser la guerra y lo que de hecho fue y significó su experiencia.

La historiografía de la Gran Guerra ha roto la autonomía de los estudios militares, y tras ella han venido, desde el uso de categorías como guerra total, brutalización o cultura de guerra, las diferentes reevaluaciones de los procesos bélicos contemporáneos, incluido el español de 1936. El reto sigue siendo el

HEALY (2002). En Alemania, DICKINSON (2005): 378-408. En el Reino Unido y Francia, GRAYZEL (1999).

(81) MEYER (2009). De gran interés resultan también BOURKE (2006), CROUTHAMEL (2008), RIEDI y MASON (2006).

(82) Recientemente Peter Englund –quien según se lee en la solapa de su libro es uno de los historiadores «más importantes de la actualidad», de «éxito indiscutible», autor de «referente[s] indispensable[s]» y receptor de «elogios entusiastas»– ha elaborado desde esa premisa un mosaico descontextualizado de experiencias individuales deslavazadas e inconexas, finalizado «mientras la lluvia repica en los cristales»: ENGLUD (2011). Tal y como señalara Martha Hanna, la tradición epistolar francesa no varió sustancialmente sus formas durante la guerra: HANNA (2003): 1338-1361.

(83) Como el de las enfermeras de guerra. Las experiencias personales y memorialísticas de las sanitarias contendrían, para Christine E. Hallett, HALLETT (2009), elementos de un trauma físico y psíquico relacionado con la desintegración de la unidad corporal. Para un estudio de la relación entre la ficción moderna, la historia cultural y la Gran Guerra *vid.* TATE (1998).

(84) Incluido el medio ambiente. La experiencia bélica tuvo, de hecho, también un fuerte impacto ecológico y en la cultura material. *Vid.* PEARSON (2012), SAUNDERS (ed.) (2004), SAUNDERS y CORNISH (eds.) (2009).

(85) ROSHWALD y STITES (1999): 1-7.

(86) Mucho sobre orígenes en MULLIGAN (2010) y en CLARK (2012).

(87) PURSEIGLE (2004): 95-123.

cultural, o mejor, una historia cultural de la experiencia militar, donde el diálogo entre ambas dimensiones a través del análisis de la experiencia de combate y de retaguardia enriquezca las dos por igual. E igualmente sigue pendiente el reto de la comparatividad, elaborando perspectivas que contribuyan a entender mejor cada uno de los elementos de la comparación. Es, a mi juicio, una labor que queda por hacer para comprender una Guerra Civil española observada mayoritariamente desde dentro o, a lo sumo, el África colonial, pero que no se comprende sin las dinámicas (fascismo, comunismo, guerra total, guerra al civil) nacidas de los fuegos de la Gran Guerra. Lo normal en la historiografía contemporaneísta sobre la guerra española ha sido, sin embargo, la más explícita y, a menudo, displicente impermeabilidad.

4. BIBLIOGRAFÍA

- AFFERBACH, HOLGER y STEVENSON, DAVID (eds.) (2007): *An Improbable war? The outbreak of World War I and European political culture before 1914*, Nueva York y Oxford, Berghahn Books.
- AKÇAM, TANER (2006): *A shameful act: The Armenian Genocide and the question of Turkish responsibility*, Nueva York, Metropolitan Books.
- ALAPURO, RISTO (1988): *State and revolution in Finland*, Los Ángeles, University of California Press.
- (2002): «Violence in the Finnish Civil War of 1918 and Its Legacy in a Local Perspective», paper presentado al Workshop Political Violence and Civil Wars, Instituto Universitario Europeo, Florencia, 18-20 de abril de 2002
- ALDCROFT, DEREK H. (1991): «Las consecuencias económicas de la guerra y de la paz, 1919-29», en CABRERA, MERCEDES; JULIÁ, SANTOS y MARTÍN ACEÑA, PABLO (coords.): *Europa en crisis, 1919-1939*, Madrid, Fundación Pablo Iglesias.
- AUDOIN-ROUZEAU, STÉPHANE (1992): *Men at war, 1914-1918. National sentiment and trench journalism in France during the First World War*, Oxford y Washington DC, Berg [14-18 *Les Combattants des tranchées*, París, Armand Colin].
- BECKER, ANNETTE (1998): *Oubliés de la grande guerre. Humanitaire et culture de guerre 1914-1918*, París, Noësis.
- (2010): *Les cicatrices Rouges, 14-18. France et Belgique occupées*, París, Fayard.
- y AUDOIN-ROUZEAU, STÉPHANE (2000): *14-18. Retrouver la Guerre*, París, Gallimard.
- AUDOIN-ROUZEAU, STÉPHANE; INGRAO, CHARLES y ROUSSO, HENRY (eds.) (2002): *La violence de guerre 1914-1945*, París, Éditions Complexe.
- BECKETT, IAN F.W. (2001): *The Great War, 1914-1918*, Edimburgo, Pearson.
- (2012): *The making of the First World War*, New Haven y Londres, Yale University Press.
- BOURKE, JOANNA (1996): *Dismembering the Male. Men's Bodies, Britain and the Great War*, Londres, Reaktion Books.

- (1999): *An intimate History of killing: face-to-face killing in Twentieth Century warfare*, Londres, Granta.
- BRAYBON, GAIL (ed.) (2003): *Evidence, History and the Great War. Historians and the impact of 1914-18*, Nueva York y Oxford, Berghahn Books.
- BROVKIN, VLADIMIR (1994): *Behind the front lines of the Civil War*, Princeton, Princeton University Press.
- CASANOVA, JULIÁN (2001): «Guerras civiles, revoluciones y contrarrevoluciones en Finlandia, España y Grecia (1918-1949)»: un análisis comparado, en CASANOVA, JULIÁN, (ed.): *Guerras civiles en el siglo xx*, Madrid, Fundación Pablo Iglesias, 1-28.
- CECIL, HUGH y LIDDLE, PETER H. (2003) [1996]: *Facing Armageddon. The First World War experience*, Barnsley, Pen & Sword.
- CHESTERMANS, SIMON (ed.) (2001): *Civilians in wars*, Lyne Rienner, Boulder.
- CLARK, CHRISTOPHER (2012): *The Sleepwalkers. How Europe went to War in 1914*, Londres, Allen Lane.
- CROUTHAMEL, JASON (2008): «Male Sexuality and Psychological Trauma: Soldiers and Sexual Disorder in World War I and Weimar Germany», *Journal of the History of Sexuality*, 17/1.
- CROUZET, MAURICE (1972): «L'Europa e il mondo prima della guerra e dopo la guerra», en ISNENGI, MARIO, (ed.): *La Prima Guerra Mondiale*, Bolonia, Zanichelli, 93-106.
- DAS, SANTANU (2011): *Race, Empire and First World War writing*, Cambridge, Cambridge University Press.
- DAVIS, BELINDA (2003): «Experience, Identity and Memory: the Legacy of World War I», *The Journal of Modern History*, 75, 111-131.
- DICKINSON, EDWARD ROSS (2005): «Dominion of the Spirit over the Flesh: Religion, Gender and Sexual Morality in the German Women's Movement before World War I», *Gender & History*, 17/2, 378-408.
- DREISZIGER, NÁNDOR F. (ed.) (1981): *Mobilization for total war. The Canadian, American and British Experience, 1914-1918, 1939-1945*, Ontario, Wilfrid Laurier University Press.
- DWYER, PHILIP G. y RYAN, LYNDALL (eds.) (2012): *Theatres of violence. Massacre, Mass Killing and Atrocity throughout History*, Nueva York y Oxford, Berghahn Books.
- ENGLUND, PETER (2011) [2008]: *La belleza y el dolor de la batalla. La Primera Guerra Mundial en 212 fragmentos*, Barcelona, Roca.
- EVANS, ANDREW D. (2010): *Anthropology at War. World War I and the Science of Race in Germany*, Chicago, The University of Chicago Press.
- FIGES, ORLANDO (2000) [1996]: *La Revolución rusa (1891-1924). La tragedia de un pueblo*, Barcelona, Edhasa.
- FUSSELL, PAUL (1975): *The Great War and modern memory*, Londres y Nueva York, Oxford University Press.
- GALLEGO, FERRAN (2014): *El evangelio fascista. La formación de la cultura política del franquismo, 1930-1950*, Barcelona, Crítica.

- GENTILE, EMILIO (2008): *L'Apocalisse della Modernità. La Grande Guerra per l'uomo nuovo*, Milán, Mondadori.
- GERLACH, CHRISTIAN (2010): *Extremely violent societies. Mass violence in the Twentieth-Century World*, Cambridge, Cambridge University Press.
- GIBELLI, ANTONIO (1991): *L'officina della guerra. La Grande Guerra e la trasformazione del mondo mentale*, Turín, Bollati Boringhieri.
- (1999): *La Grande Guerra degli italiani, 1915-1918*, Milán, Sansoni.
- GONZÁLEZ CALLEJA, EDUARDO (2013): *Las guerras civiles. Perspectiva de análisis desde las ciencias sociales*, Madrid, Catarata.
- GRAYCEL, SUSAN R. (1999): *Women's Identities at War: Gender, Motherhood and Politics in Britain and France during the First World War*, Chapel Hill, University of North Carolina Press.
- GREGORY, ADRIAN (1997): «Lost generations: the impact of military casualties on Paris, London, and Berlin», en WINTER, JAY y ROBERT, JEAN-LOUIS (eds.), *Capital cities at war, London, Paris, Berlin 1914-1919*, Cambridge, Cambridge University Press, 57-103.
- GULLACE, NICOLETTA F. (2011): «Allied Propaganda and World War I: Interwar Legacies, Media Studies, and the Politics of War Guilt», *History Compass*, 9/9, 686-700.
- GUOQI, XU (2011): *Strangers on the Western Front. Chinese workers in the Great War*, Londres, Harvard University Press.
- HALLETT, CHRISTINE E. (2009): *Containing trauma. Nursing work in the First World War*, Manchester y Nueva York, Manchester University Press.
- HANNA, MARTHA (2003): «A Republic of Letters: The Epistolary Tradition in France during World War I», *American Historical Review*, 108/5, 1338-1361.
- HASTINGS, MAX (2013): *Catastrophe 1914: Europe goes to War*, Londres, Knopf.
- HEALY, MAUREEN (2002): «Becoming Austrian: Women, the State, and Citizenship in World War I», *Central European History*, 35/1, 1-35.
- HERBERT, ULRICH (1997): *Hitler's foreign Workers. Enforced foreign Labour in Germany under the Third Reich*, Cambridge, Cambridge University Press.
- HILLGRUBER, ANDREAS (1991) [1988]: *La distruzione dell'Europa. La Germania e l'epoca delle guerre mondiali (1914-1945)*, Bolonia, Il Mulino.
- HOBBSBAWM, ERIC (1995): *Historia del siglo XX. 1914-1991*, Barcelona, Crítica.
- HORNE, JOHN (ed.) (1997): *State, society and mobilization in Europe during the First World War*, Cambridge, Cambridge University Press.
- (2002): «Les civils et la violence de guerre», en BECKER, ANNETTE, AUDOIN-ROUZEAU, STÉPHANE; INGRAO, CHARLES y ROUSSO, HENRY (eds.) (2002): *La violence de guerre 1914-1945*, París, Éditions Complexe.
- HORNE, JOHN (ed.) (1997): *State, Society and Mobilization in Europe during the First World War*, Cambridge, Cambridge University Press.
- (2010): *A Companion to World War I*, Chichester, Wiley-Blackwell.
- y KRAMER, ALAN (2001): *German atrocities, 1914. A history of Denial*, New Haven y Londres, Yale University Press.
- JENSEN, KIMBERLY (2008): *Mobilizing Minerva. American Women in the First World War*, Urbana y Chicago, University of Illinois Press.

- JOLL, JAMES (2006): *The origins of the First World War*, Nueva York, Pearson Longman.
- JONES, EDGAR (2006): «The Psychology of Killing: The Combat Experience of British Soldiers during the First World War», *Journal of Contemporary History*, 41/2, 229-246.
- JONES, HEATHER (1999): «Imperial captivities: colonial prisoners of war in Germany and the Ottoman empire, 1914-1918», en ROSHWALD, AVIEL y STITES, RICHARD (eds.), *European culture in the Great War. The arts, entertainment, and propaganda, 1914-1918*, Cambridge, Cambridge University Press.
- (2013): «As the Centenary approaches: the regeneration of First World War Historiography», *The Historical Journal*, 56/3, 857-878.
- O'BRIEN, JENNIFER y SCHMIDT-SUPPRIAN (eds.) (2008): *Untold war. New perspectives in First World War*, Leiden-Boston, Brill.
- KÉVORKIAN, RAYMOND H. (2006): *Le Génocide des Arméniens*, París, Odile Jacob.
- KEENE, JENNIFER D. y NEIBERG, MICHAEL S. (eds.) *Finding common ground. New directions in First World War studies*, Leiden-Boston, Brill.
- KETTENACKER, LOTHAR y RIOTTE, TORSTEN (eds.) (2011): *The Legacies of two World Wars. European Societies in the Twentieth Century*, Nueva York y Oxford, Berghahn Books.
- KING, ALEX (1998): *Memorials of the Great War in Britain: the Symbolism and Politics of Remembrance*, Oxford, Berg.
- KITCHEN, JAMES E.; MILLER, ALISA y ROWE, LAURA (eds.) (2011): *Other combatants, other fronts. Competing Histories of the First World War*, Newcastle, Cambridge Scholars Publishing.
- KORDAN, BOHDAN S. (2002): *Enemy aliens, prisoners of war. Internment in Canada during the Great War*, Quebec, Mc Gill-Queen's University Press.
- KOVASICS, ADAN (2007): *Guerra y lenguaje*, Barcelona, Acontilado.
- KRAMER, ALAN (2007): *Dynamic of destruction. Culture and Mass Killing in the First World War*, Oxford, Oxford University Press.
- LAWRENCE, JON (2003): «Forging a Peaceable Kingdom: War, Violence, and Fear of Brutalization in Post-First World War Britain», *The Journal of Modern History*, 75/3, 557-589.
- LEED, ERIC J. (1979): *No man's land: combat and identity in World War I*, Cambridge, Cambridge University Press.
- MACMILLAN, MARGARET (2013): *The War that ended Peace. The Road to 1914*, Nueva York y Londres, Random House.
- MANN, MICHAEL (2005): *The Dark Side of Democracy. Explaining Ethnic Cleansing*, Cambridge, Cambridge University Press.
- MARCHETTI, CHRISTIAN (2007): «Scientists with guns. On the ethnographic exploration of the Balkans by Austrian-Hungarian scientists before and during World War I», *Ab Imperio*, 1, 165-189.
- MAWDSLEY, EVAN (1987): *The Russian Civil War*, Boston, Pegasus.
- MAYER, ARNO J. (2001): *The Furies: Violence and Terror in the French and Russian Revolutions*, Princeton, Princeton University Press.

- MC MILLAN, JAMES (2011): «War», en BLOXHAM, DONALD y GERWARTH, ROBERT (eds.): *Political Violence in Twentieth-Century Europe*, Cambridge, Cambridge University Press.
- MC PHAIL, HELEN (1999): *The Long Silence: Civilian Life under the German Occupation of Northern France, 1914-1918*, Londres, I.B. Tauris.
- MEYER, JESSICA (2009): *Men of War. Masculinity and the First World War in Britain*, Londres, Palgrave Macmillan.
- MONTICONE, ALBERTO (1972): *Gli italiani in uniforme, 1915-1918. Intellettuali, borghesi e disertori*, Bari, Laterza.
- MOSSE, GEORGE L. (1990): *Le guerre mondiali. Dalla tragedia al mito dei caduti*, Roma-Bari, Laterza.
- MULLIGAN, WILLIAM (2010): *The Origins of the First World War*, Cambridge, Cambridge University Press.
- NEIBERG, MICHAEL S. (2011): *Dance of the furies. Europe and the outbreak of World War I*, Cambridge y Londres, Harvard University Press.
- NÚÑEZ SEIXAS, XOSÉ MANOEL (2001): *Entre Ginebra y Berlín. La cuestión de las minorías nacionales y la política internacional en la Europa de entreguerras, 1914-1939*, Madrid, Akal.
- PEARSON, CHRIS (2012): *Mobilizing nature. The environmental history of war and militarization in Modern France*, Manchester y Nueva York, Manchester University Press.
- PICK, DANIEL (1996): *War Machine: The Rationalisation of Slaughter in the Modern Age*, Yale, Yale University Press.
- PRESTON, PAUL (1995): «La guerra civil europea, 1914-1945», *Claves de Razón Práctica*, n.º 53, 2-21.
- PROCACCI, GIOVANNA (1999): *Dalla rassegnazione alla rivolta: mentalità e comportamenti popolari nella Grande Guerra*, Roma, Bulzoni.
- (2000): *Soldati e prigionieri italiani nella Grande Guerra. Con una raccolta di lettere inedite*, Turín, Bollati Boringhieri.
- PURSEIGLE, PIERRE (2004): «Beyond and below the nations. Towards a comparative history of local communities at war», en PURSEIGLE, PIERRE y MAC LEOD, JENNY (eds.): *Uncovered fields. Perspectives in First World War studies*, Leiden-Boston, Brill, 95-123.
- (ed.) (2005): *Warfare and Belligerence. Perspectives in First World War Studies*, Leiden-Boston, Brill.
- y MAC LEOD, JENNY (2004): «Introduction: perspectives in First World War Studies», en PURSEIGLE, PIERRE y MAC LEOD, JENNY (eds.): *Uncovered fields. Perspectives in First World War studies*, Boston-Leyden, Brill.
- REYNOLDS, DAVID (2013): *The Long Shadow. The Great War and the Twentieth Century*, Londres, Simon&Schuster.
- RIEDI, ELIZA y MASON, TONY (2006): «'Leather' and the Fighting Spirit: Sport in the British Army in World War I», *Canadian Journal of History/Annales canadiennes d'histoire*, XLI, 485-516.
- ROBBINS, KEITH (1999) [1984]: *La prima guerra mondiale*, Milán, Mondadori.

- ROSHWALD, AVIEL (2001): *Ethnic Nationalism and the Fall of Empires. Central Europe, Russia and the Middle East, 1914-1923*, Londres y Nueva York, Routledge.
- y STITES, RICHARD (eds.) (1999): *European culture in the Great War. The arts, entertainment, and propaganda, 1914-1918*, Cambridge, Cambridge University Press.
- SANBORN, JOSHUA A. (2005): «Unsettling the Empire: Violent Migrations and Social Disaster in Russia during World War I», *The Journal of Modern History*, 77, 290-324.
- SAUNDERS, NICHOLAS J. (ed.) (2004): *Matters of conflict. Material culture, memory and the First World War*, Londres y Nueva York, Routledge.
- y CORNISH, PAUL (eds.): *Contested objects. Material memories of the Great War*, Londres y Nueva York, Routledge.
- SCARDINO BELZER, Allison (2010): *Women and the Great War. Femininity under fire in Italy*, Nueva York, Palgrave Macmillan.
- STEVENSON, DAVID (2004): *Cataclysm. The First World War as Political Tragedy*, Nueva York, Basic Books.
- (2012): *1914-1918. The History of the First World War*, Londres, Penguin.
- STIBBE, MATTHEW (ed.) (1999): *Captivity, Forced labour and Forced Migration in Europe during the First World War*, Londres y Nueva York, Routledge.
- STIBBE, MATTHEW (2001): *German Anglophobia and the Great War, 1914-1918*, Cambridge, Cambridge University Press.
- (2006): «The Internment of Civilians by Belligerent States during the First World War and the Response of the International Committee of the Red Cross», *Journal of Contemporary History*, 41/1, 5-19.
- STONE, NORMAN (2009): *World War One. A Short History*, Londres, Basic Books.
- STRACHAN, HEW (2003): *The First World War*, Nueva York, Viking.
- TATE, TRUDI (1998): *Modernism, History and the First World War*, Manchester, Manchester University Press.
- TODD, LISA M. (2011): «‘The Soldier’s Wife Who Ran Away with the Russian’: Sexual Infidelities in World War I Germany», *Central European History*, n.º 44, 257-278.
- TODMAN, DAN TODMAN (2005): *The Great War. Myth and Memory*, Londres y Nueva York, Hambledon and London.
- UPTON, ANTHONY F. (1980): *The Finnish Revolution, 1917-1918*, Minneapolis, University of Minnesota Press.
- VERHEY, JEFFREY (2000): *The Spirit of 1914: Militarism, Myth and Mobilization in Germany*, Cambridge, Cambridge University Press.
- WALL, RICHARD y WINTER, JAY (eds.) (1988): *The Upheaval of War. Family, Work and Welfare in Europe, 1914-1918*, Cambridge, Cambridge University Press.
- WELCH, DAVID (2000): *Germany, Propaganda and Total War, 1914-1918. The sins of omission*, New Jersey, Rutgers University Press.
- WINTER, JAY (1992): «Catastrophe and Culture: Recent Trends in the Historiography of the First World War», *Journal of Modern History*, n.º 6, 525-532.
- (1995): *Sites of memory, sites of mourning. The Great War in European cultural history*, Cambridge, Cambridge University Press.

- (1997): «Surviving the war: life expectation, illness, and mortality rates in Paris, London and Berlin, 1914-1919», en WINTER, JAY y ROBERT, JEAN-LOUIS (eds.): *Capital cities at war, London, Paris, Berlin 1914-1919*, Cambridge, Cambridge University Press, 487-523.
- (2006): *Remembering War: the Great War between history and memory in the Twentieth Century*, New Haven, Yale University Press.
- (ed.) (2009): *The Legacy of the Great War. Ninety years on*, Missouri, University of Missouri Press.
- PARKER, GEOFFREY y HABECK, MARY R. (eds.) (2000): *The Great War and the Twentieth Century*, New Haven y Londres, Yale University Press.
- y PROST, ANTOINE (2005): *The Great War in History. Debates and Controversies, 1914 to the present*, Cambridge, Cambridge University Press [(2004): *Penser la Grande Guerre. Un essai d'historiographie*, París, Éditions du Seuil].

